

# Los tigres, el simio y su música



Oscar Carrasco









# Los tigres, el simio y su música

Oscar Carrasco





BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ  
Centro Bibliográfico Nacional

869.56 Carrasco, Oscar, 1965-  
C2972T Los tigres el simio y su música / Oscar Carrasco ; [ilustraciones, Sun Cok].-- 1a ed.-- Lima : Eds. SM, 2016 (Lima : Metrocolor), 84, [1] p., il. col. ; 21 cm.-- (Gran angular ; 9/P)

Bibliografía: p. 84.

D.L. 2016-13309  
ISBN 978-612-316-425-6

1. Novelas peruanas - Siglo XX 2. Animales en la literatura I. Cok, Sun, ilustrador II. Título III. Serie

**BNP: 2016-722**

## *Los tigres, el simio y su música*

Primera edición: octubre de 2016

Coordinación editorial: Elisa Cano

Edición: Teresa Marcos

Corrección de estilo: Anaís Blanco

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diagramación: Magali Borda

Ilustraciones: Sun Cok

© del texto: Oscar Carrasco, 2016

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C., 2016

Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú

Teléfono: (511) 614 8900

contacto@sm.com.pe

www.sm.com.pe

www.leotodo.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Metrocolor S. A.

Los Gorriones 350-360, La Campiña, Chorrillos, Lima

www.metrocolor.com

Tiraje: 2 000 ejemplares

ISBN: 978-612-316-425-6

Registro de Proyecto Editorial: 31501311601098

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2016-13309

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



*A mi madre.*







# Uno

—Olga...

Suavemente, la tigresa volvió el rostro hacia la voz que la llamaba.

—Zarkán...

Estaba a unos pocos metros de ella. La nieve salpicaba su pelambre ya emblanquecido por los copos de la estación, pero, al mismo tiempo, azulado por el incipiente anochecer.

—Has estado aquí sentada desde el amanecer. Y tampoco pareces estar interesada en regresar...

—Sí —respondió Olga—. Aquí estuve. Pero no te preocupes. Ya estaba a punto de volver.

Hubo un breve silencio, que duró el tiempo que le tomó a Zarkán llegar al lado de Olga. Ella nuevamente dirigía la mirada hacia la parte del bosque que se extendía al lado opuesto de la colina.

—¿Te sientes bien, Olga?

—Claro... —respondió ella sin titubear.

—¿Querías estar sola?

Olga sonrió tiernamente.

—En realidad, no. Por el contrario, me hubiera gustado que estuvieses conmigo. Pero mañana podríamos

venir los dos. Y si ese canto se repite, podrás escucharlo también.

—¿Y qué ave tuvo la audacia de desafiar con su delicada voz a la ruidosa ventisca de hoy?

—Ave, ninguna. El canto aquel, más bien, silencio todos sus trinos.

Solo las aves poseían el don del canto y matizaban con sus melodías los inhóspitos bosques de Siberia. Si en esta ocasión no eran las aves las que habían cantado, ¿quiénes, entonces?

—Eran voces de simio<sup>1</sup> —añadió Olga.

—¿Simios? —replicó sorprendido Zarkán.

Y es que una vez había escuchado cantar a unos simios, cuando estuvo a punto de toparse con una manada de ellos. Aunque en esa ocasión los simios habían ido tan solo a buscar árboles, Zarkán prefirió esconderse, tal como la prudencia aconsejaba, y esperar a que se fueran.

Los simios, después de haber tirado abajo algunos árboles, se juntaron de pronto y, en lugar de intercambiar sus habituales gruñidos, empezaron a entonar con sus gruesas y roncadas voces algo que pretendía asemejarse a una melodía. La interpretación era un auténtico suplicio para los oídos de Zarkán y, sin duda, lo habría sido también para cualquier tigre.

Una de las tantas particularidades de los simios, además, era que no bebían el agua directamente de los ríos o fuentes, como todos los animales. Para tomarla, la colocaban dentro de unas cosas de formas extrañas y diversas;

---

<sup>1</sup> Forma que los tigres siberianos y otros animales usan para referirse despectivamente a los humanos.

algunas de ellas, incluso, permitían ver el agua que había dentro. Y muchas veces, como aquella por ejemplo, ingerir el agua, lejos de refrescar al simio que la bebía, parecía debilitarlo, pues articulaba sus gruñidos con cada vez menos fuerza y trastabillaba al caminar. En esas circunstancias, el “canto” era más insufrible aún. Zarkán tuvo que soportar semejante suplicio hasta que empezó a oscurecer, pues el simio, a diferencia de otros animales, no tenía la costumbre de andar de noche por los bosques, especialmente durante el invierno.

¿Cómo podía ser posible, entonces, que Olga se sintiese cautivada por el canto de los simios, al punto de permanecer tanto tiempo en la cima de aquella colina?

—Fue algo muy distinto de lo que me contaste aquella vez —dijo Olga—. Era extraño, además, porque no vi a ningún simio; sin embargo, sus voces resonaban con fuerza, como si estuvieran muy cerca. Cantaban un macho o una hembra, o un macho y una hembra alternándose en la interpretación, superponiendo sus voces en algún momento... Otras veces, había muchas voces cantando lo mismo. Y algunos de los cantos se repitieron exactamente, como si el viento los hubiese guardado y los volviese a entonar. Y eran melodías sumamente bellas. No sé por qué, pero me conmovían, me hacían pensar en muchas cosas... De pronto cesaron... Esperaba que se repitan, pero veo que ya no...

—Quizás los simios ya se guarecieron en sus madrigueras —especuló Zarkán—. Ellos son muy vulnerables a las noches de invierno.

—Quizás...

—Mejor regresemos, Olga.

—Sí, creo que es lo mejor.

## Dos

Olga apenas pudo conciliar el sueño. El cansancio la hizo dormir, sí, pero solo un poco. Al día siguiente, ni bien amaneció, la tigresa se dirigió nuevamente hacia la cima de la colina. Esto no dejó de llamar la atención de Zarkán, puesto que, además, Olga parecía algo ida.

—¿Qué le pasa a tu novia, Zarkán? —le preguntó su primo Serguéi—. Se le nota rara.

—A mí también me parece extraño todo este asunto —respondió el desconcertado tigre.

—¿De qué hablas?

Pero Zarkán, en lugar de responderle, simplemente se incorporó y se fue tras Olga. Serguéi, picado por la curiosidad, siguió los pasos de Zarkán.

—Oye, Zarkán, ¿qué está ocurriendo aquí? —vociferaba Serguéi mientras ambos ascendían la colina.

Zarkán estaba demasiado preocupado por Olga como para tener que satisfacer la curiosidad del impertinente pícaro. ¿Por qué no se podía quedar en su lugar el imbécil ese? No era momento para sus chistes.

—¿Se pelearon, Zarkán? Oye, eso no es nada grave. No tienes que perseguirla... Se le pasará... Hazme caso, yo tengo la receta para estas situaciones...

Y así llegaron a la cumbre. Al igual que el día anterior, Olga miraba nuevamente en dirección hacia el bosque. Zarkán se sentó a su lado, en silencio.

—Oigan —continuó hablando Serguéi—, ¿alguien me puede explicar qué pasa aquí? Estás rara, Olga; medio mundo lo ha notado... Casi ni has cazado... Apenas has comido, prima. ¿De qué se trata todo esto?

—¡Cállate, Serguéi!

—Pero, Olga, no te molestes. Yo decía...

—¿Quieres largarte, Serguéi? —rugió Zarkán.

—Ah, bueno... ¿Querían estar solos? Pues los dejo. Pero, piénsenlo, esta no es la hora más apropiada. Van a perder la mejor caza porque...

—¡Cállense los dos de una vez y escuchen! —gritó de pronto Olga.

—¿Escuchar qué? —añadió Serguéi. Pero inmediatamente Zarkán lo calló con un gesto.

Y entonces el canto del simio llegó hasta sus oídos.

—¿Qué diablos es eso? —dijo Serguéi.

—¡Cállate!

Zarkán comprobó que Olga tenía razón: el canto que se escuchaba ahora no se parecía en nada al malsonante e insoportable coro de rugidos que lo habían atormentado en aquella ocasión en la que se topó con la manada de simios. No. Esta era una delicada voz que brotaba suavemente, y con la misma suavidad acariciaba sus oídos. No se trataba tampoco del estrepitoso gruñir de un macho: parecía una hembra de simio, lo que le resultaba más extraño aún, pues las hembras de los simios no solían aventurarse por aque-



llos páramos, aunque desde hacía un par de generaciones se les había empezado a ver casi a la par que a los machos. Lo habitual había sido que las hembras siempre se quedaran en las madrigueras o cerca de ellas.

Porque otra rareza de los simios era que construían sus madrigueras —con trozos de árboles o con piedras—, agrupándolas, aunque dejando entre ellas espacio suficiente como para desplazarse, concentrándolas en un determinado lugar. Zarkán solo había visto una vez una hembra de simio que, acompañada de otros machos, examinaba a un oso muerto y brevemente, aunque a lo lejos, había escuchado sus gruñidos, tan diferentes de los del macho. Algunos otros tigres que, por diversas circunstancias, habían bajado cerca de las madrigueras de los simios reportaron, por el contrario, que las hembras emitían unos chillidos muy agudos cuando entraban en pánico. Y, en esos casos, era mejor largarse, porque su chillido atraía a los machos, que de inmediato corrían a prestar ayuda a la hembra presuntamente en peligro.

Pero el canto de la hembra no venía solo. Otros misteriosos sonidos lo acompañaban, integrándose de manera armoniosa con la voz. Por un momento, esos sonidos le recordaron a Zarkán el correr del agua de un manantial. Recordó que, según contaban, el simio era capaz de producir una serie de ruidos con objetos que solía tomar con sus patas delanteras. ¿Estos sonidos serían también invento del simio?

Desde la cima de la colina, era imposible distinguir otra cosa que las copas y las hojas de los árboles. ¿De dónde provenía el canto?

Cuando este cesó, los tres guardaron silencio un buen rato, en espera de que se reinicie. Hasta que Serguéi perdió la paciencia, que, en su caso, nunca era mucha.

—¿Alguien me puede explicar qué fue eso?

A Olga no le interesaba responder preguntas en ese momento. Quería tan solo volver a vivir la más hermosa experiencia auditiva de su vida. Zarkán, por su parte, estaba harto de Serguéi y no quería dar pie a que este empezara con alguna de sus impertinentes chácharas. Por suerte, el insoportable primo no pretendió continuar indagando en esos momentos.

—Voy a avisar a los demás.

Y, de inmediato, descendió de la colina a gran velocidad.

—Tenías razón, Olga —dijo Zarkán—. Eso fue algo verdaderamente hermoso.

Entonces una nueva melodía provino del bosque. En esta ocasión, se oía la voz de un simio macho. Pero no cantaba como los que Zarkán había escuchado. Su voz era gruesa, firme, sí, pero al mismo tiempo de gran belleza. Le siguió luego una voz de hembra y, finalmente, tras la brevísima intervención de otras voces, las del macho y la hembra se empezaron a alternar y a superponerse.

—Parece como si hablasen de amor —dijo Olga.

Zarkán no podía estar en desacuerdo. Pero también le resultaba difícil creerlo: ¿simios hablando de amor? El simio solía hacer gala de una tremenda crueldad contra los habitantes de los bosques, incluso hacia individuos de su propia especie: entre los tigres circulaban historias, transmitidas durante generaciones, en las que se hablaba

de muchedumbres de simios enfrentados entre sí, armados con artilugios similares a los que utilizaban para cazar a otros animales.

“Pero si los tigres se brindan afecto, ¿por qué no puede ocurrir lo mismo entre los simios? Al fin y al cabo, son animales también, y con las mismas necesidades”, reflexionaba Olga. En esas cavilaciones estaban, cuando escucharon regresar a Serguéi, pero esta vez acompañado del irascible Alekséi y de sus primas Anastasia y Olenka.

—¡Más te vale que lo que dices sea cierto y no otra de tus payasadas, Serguéi! —renegaba Alekséi—. Una de las cosas que más detesto es que me hagan perder una buena presa, además, claro, de hacerme subir la colina más alta del lugar en un trayecto inútil.

—Y si te hubieses enterado de este fenómeno y no te hubiese avisado, igualmente me detestarías. Cuando lo escuches, me darás la razón.

—Nunca te dará la razón —intervino Olenka—. Apuesto mi comida de hoy y la de mañana a que te dirá: “¿Para esto me hiciste venir hasta aquí?”, y regresará refunfuñando como siempre.

—¡Guardemos silencio todos! —dijo Serguéi una vez que llegaron al lado de Olga y Zarkán—. Escuchen.

Los tigres callaron. Pero las montañas y el bosque hicieron lo mismo.

—¿Y bien? —preguntó impaciente Alekséi—. ¿Dónde está el canto ese del que nos hablaste?

Serguéi, notoriamente incómodo, se volvió hacia Zarkán y Olga.

—¿Dónde está?





*La música de Iván  
(un simio), en un lejano  
bosque ruso, llama la  
atención de Olga y Zarkán,  
dos tigres siberianos que,  
atónitos, descubren algo  
impensado: las voces  
de simio pueden ser  
bellamente entonadas  
y transmitir profundos  
sentimientos.*

*Con la ayuda del tío Mijaíl y  
otros tigres, descubrirán,  
entre otras cosas, que los  
simios son capaces de  
amar a otros, pero  
¿qué habrá llevado a Iván  
a este lugar tan aislado?  
¿Son los violentos simios  
capaces de amarse con  
tal intensidad como  
transmiten sus cantos?*

OSCAR CARRASCO

(Lima, 1965), escritor.  
Estudió Literatura en la  
Pontificia Universidad  
Católica del Perú.

Se desempeña en  
la actualidad como  
corrector de estilo y editor  
independiente. También  
ejerce la docencia en  
talleres y cursos sobre  
corrección de textos.

Finalista del Premio  
El Barco de Vapor Perú  
en 2014, *Los tigres,  
el simio y su música* es  
su primera novela.

# GRAN ANGULAR



1 7 5 1 1 4

ISBN 978-612-316-425-6



9 786123 164256